

Editorial

Páginas de la Historia pediátrica española. Evocación de dos singulares maestros: Arce y Sánchez Villares

M. CRESPO

Los importantes cambios de la Pediatría española en los últimos 75 años son simultáneos con el periodo histórico en el que estos dos grandes maestros influyeron de forma definitiva en la lucha frente a la alta morbimortalidad infantil, la modernización de la labor asistencial y docente, el impulso en las tareas investigadoras y la innovación de los conceptos fundamentales de la ciencia pediátrica. Arce primero y Sánchez Villares después, junto a su amplia Escuela, bien arraigada en nuestro país, constituyen dos hitos, dos referentes obligados en toda reflexión doctrinal o histórica en este campo de la medicina española. Con motivo del XII Memorial Guillermo Arce – Ernesto Sánchez Villares, evocamos algunos de los rasgos más sobresalientes de su biografía, citando aportaciones bibliográficas que no deben perderse para las nuevas generaciones. El sentido de responsabilidad, el amor por la medicina del niño, su generosa entrega a los discípulos y sus aportaciones y carácter innovador constituyen rasgos que ambos comparten.

GUILLERMO ARCE ALONSO (1901) es, a juicio de Sánchez Granjel, una de las más representativas figuras de la Pediatría española de postguerra, se licenció en Medicina en 1924 a los 21 años. Fue nombrado Catedrático de la Facultad de Medicina de Santiago de Compostela en 1934, pasando luego a la Universidad de Salamanca (1943) en la que permaneció hasta su jubilación en 1964. Desde el año 1929 desempeñó la Jefatura de la Clínica de Niños de la Casa de Salud de Valdecilla (Santander), regentando, también, el Jardín de la Infancia y la Escuela de Puericultura. Entre sus publicaciones destacan *Neumonías en la infancia* (1945), *Trastornos nutritivos del lactante* (1946) y *Patología del recién nacido* (1947-50). En la aparición del segundo tomo, Sainz de los Terreros, después de afirmar que llevaba anejas todas las características de un verdadero tratado –obra didáctica y docente por excelencia– escribía: “lo

que sí puede afirmarse categóricamente es que el conjunto del libro es de gran mérito por lo que implica de esfuerzo personal, de ejemplaridad docente y de impulso pediátrico nacional. *Puede sentirse orgulloso el profesor G. Arce al contemplar el edificio pediátrico que, paso a paso, pero con marcha sin desmayo, va construyendo para bien de la medicina española, en la disciplina de nuestra especialidad”.*

Destacables fueron las publicaciones *Etiología y clasificación de las dispepsias crónicas en la segunda infancia* (Leçons de Pédiatrie, edit. Livraria Luso-espanhola, Lda, Lisboa 1951) –primeras aportaciones en nuestro país a esta materia– y el espléndido discurso leído en el Acto de Apertura del Curso Académico 1951-1952 en la Universidad de Salamanca con el título *Etiología de las malformaciones congénitas*, que iniciaba justificándolo de esta manera: “... Como tema a desarrollar he escogido el de etiología de las malformaciones congénitas, por ser un problema que interesa y preocupa tanto a internistas como a cirujanos, tocólogos y sanitarios, *pero somos los pediatras los que más frecuentemente tenemos que ocuparnos de resolver, a veces de modo inmediato, todo lo que se refiere al diagnóstico y terapéutica de muchas de estas malformaciones”.* Tras una amplia disertación, muy documentada, concluía afirmando: “... como puede verse, es mucho lo logrado en la explicación etiológica de las malformaciones congénitas, pero desgraciadamente, todavía queda bastante desconocido, por no ser aplicable a la especie humana todos aquellos experimentos que en el animal han dado lugar a hechos positivos. No obstante, esperamos que sin pasar mucho tiempo se logren por la embriología y teratología experimental otros muchos hallazgos, que al aplicarlos al hombre, permitan explicar algunas de las malformaciones cuya génesis queda todavía ignorada”. Su conocimiento del campo de las malformaciones congénitas ya había sido puesto de manifiesto en la crítica aparecida en Acta Pediátrica Española al

incluir : “el capítulo de las malformaciones congénitas y los subcapítulos relativos a las mismas, dentro de los preferidos al estar descrito con una mayor experiencia personal, que suele ser la que da valor propio y general a lo expuesto”.

Su personalidad la conocemos a través de las palabras de don Ernesto en la Sesión Necrológica que la Asociación Española de Pediatría organizó en 1970: “Nunca podré superar el trance emocional que me produce hablar de Arce. Él decidió mi futuro profesional y mi vocación docente. Su manera de conllevar la adversidad ha hecho válido, en forma que se convierte en axioma, el principio biológico que dice “vivir es sobrevivir y sobrevivir es adaptarse”. Al destacar la singular homogeneidad que constituye la Escuela de Arce, señala como éste “atrajo a los que con él tenían afinidades selectivas. Después se entregaba a sus discípulos y las afinidades se multiplicaban”. “Ni su extraordinaria experiencia de clínico, ni su prestigio de médico consultor, ni sus facultades docentes, ni su facundia de publicista o su capacidad de investigador, con ser estas cualidades importantísimas, definían al maestro. *El secreto de Arce estuvo en su personalidad humana, en su bondad, en su generosidad sin límite*”.

ERNESTO SÁNCHEZ VILLARES (1922) se licenció en Medicina en la Universidad de Salamanca en 1945 y se doctoró en la Universidad de Madrid. Su estancia en Santander en los Servicios de Pediatría de la Casa de Salud de Valdecilla y Jardín de la Infancia (1945-47) dejaron una impronta definitiva en su trayectoria profesional y afectiva. Inicia la carrera docente en 1947 al incorporarse al claustro salmantino como Profesor Adjunto y accede a la Cátedra de la Universidad de Santiago de Compostela en 1964; su labor, amplísima y ejemplar en la Universidad de Salamanca durante los años que la enfermedad impidió a su maestro el ejercicio de las tareas docentes, continuó desde 1965 en la Universidad de Valladolid hasta su fallecimiento en 1995, siendo ya Profesor Emérito.

De entre sus numerosas publicaciones, recordamos en esta ocasión una de su primera etapa, la aparecida en 1957, original aportación titulada *Malformaciones congénitas del esqueleto de las extremidades. Ectromelias* (1957). En el plano docente destacó su tratado de *Pediatría Básica* (1980). En 1983 dirige la monografía *Medicine* (Pediatría) con varios números de brillante presentación, como había sucedido en otra serie previa en 1977. Originales fueron, tanto *Medicina infantil y su problemática*, dis-

curso inaugural del Curso Académico 1978 de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid (20 de enero de 1978), como *Reflexiones en la frontera de medio siglo de Pediatría*, lección inaugural del curso 1985-86 en la Universidad de Valladolid, y el *Diagnóstico de los síndromes de malabsorción en la infancia*, leído con motivo de su ingreso en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid (24 de abril de 1971).

En la Historia Universal de la Medicina de Laín Entralgo, (Barcelona, 1975) redactó el capítulo *Pediatría*. Aquí se refleja de nuevo la personalidad de don Ernesto –la satisfacción compartida por los éxitos de otros colegas–, sintiendo orgullo de varias y significativas contribuciones de autores españoles. En efecto, destaca la trascendencia de Patología del Recién Nacido de Arce y las aportaciones a la patología perinatal de A. Ballabriga, la obra de Pascual-Castroviejo (Diagnóstico clínico-radiológico en Neurología Infantil, 1971), de Rodríguez Soriano sobre la acidosis renal tubular proximal (1967) del que dice “han tenido trascendencia universal los trabajos del español J. Rodríguez Soriano”, la obra Radiodiagnóstico en la Infancia de M. y F. Arce (1933) primera en su género en la literatura española, la de E. Roviralta con la descripción del “Síndrome frenopilórico de Roviralta”, la atención de Suárez Perdiguero a los problemas de desarrollo físico o la publicación de R. Ramos (1941) sobre sus hallazgos con la harina de algarroba que gozaron de aceptación universal. No podía omitir el recuerdo a su otro maestro el Prof. A. Wiskott que, en 1932, contribuye a sentar las bases para la neumología pediátrica con su famoso trabajo titulado “Zur Pathogenese, Klinik und Systematik der frühkindlichen Lungenentzündungen”.

Las inquietudes de don Ernesto se extienden más allá de los límites de la pediatría clínica. Durante muchos años, sintió especial interés por los aspectos doctrinales y conceptuales afirmando que, desde sus comienzos, adquiere la Pediatría caracterización conceptual de signo distinto al de las especialidades clásicas. Así, tras haber destacado campos esenciales en el saber y quehacer de la Pediatría por la alta morbilidad y mortalidad que originaban, –como trastornos nutritivos, patología del periodo neonatal, e infecciones– o de relevante contenido, como los procesos de crecimiento y maduración y dejar reflejado en forma muy resumida el progreso en otros, todos ellos de interés sustancial a nivel individual: cardiología, nefrología, neurología, etc., diseña lo que configuran sus perspectivas para el futuro, en la actual fase interdisciplinaria de la Pediatría, con

marcada tendencia al desarrollo de las especialidades pediátricas. Esta inquietud por el devenir de las especialidades pediátricas la planteó brillantemente en el año 1973 en la Reunión Anual de la Asociación Española de Pediatría celebrada en Granada. Inquietud que no había pasado inadvertida para su maestro quien en el prólogo a su tratado de Patología del Recién Nacido, afirmaba: “*Naturalmente que todo lo que antecede no quiere decir que seamos de la opinión de que la Patología el Recién Nacido deba ser disgregada o separada de la Pediatría general. Nada de esto. Tenemos cada día más arraigado el concepto amplio de nuestra especialidad, por creer que corresponde exclusivamente al pediatra, el estudio de las enfermedades infantiles en todas sus manifestaciones y periodos del crecimiento.* Precisamente, las sucesivas particularidades que ofrece el niño en su desarrollo, perfectamente diferenciables de las del adulto, constituyen la razón óptima de nuestro convencimiento”.

Zapatero, con las vivencias adquiridas durante años de asistencia, “ya jubilado”, al Pabellón de Niños de Valladolid, veía así a don Ernesto: “el Decano de nuestra Facultad ha destacado que la Cátedra de Pediatría es la que menos pide y más trabaja, modernizando su material. También tiene su genio... pero yo, espectador imparcial encuentro esa actitud siempre justificada. Sus sermones tienen siempre un claro matiz paternal”. “Con sus colaboradores y alumnos su conducta le acredita como auténtico maestro, con las características que él atribuye al suyo: guía constante, en alerta a la menor desviación de la ortodoxia pediátrica, les orienta oportunamente al campo de la subespecialidad pediátrica para la que les cree mejor preparados y, con apoyo económico, les envía a perfeccionar sus conocimientos...”.

Del sentir de nuestra Sociedad tras su incorporación a la Universidad española como Catedrático de Pediatría y Puericultura, se hacía portavoz Federico Collado: “Las oposiciones han establecido de derecho lo que ya estaba reconocido por la Pediatría y la Universidad española. Ernesto Sánchez Villares en años de impropio trabajo, pero también de profundas realizaciones, ha dejado una profunda huella en nuestro mundo pediátrico. Amigo Ernesto, tu triunfo es el de nuestra Sociedad, tu alegría, la nuestra”.

Tuvo intensas –¿apasionadas?– dedicaciones en su vida: la Universidad, los discípulos, don Guillermo Arce, la Sociedad de Pediatría. De la primera, llegó a decir: “Cómo universitario, que dentro de un año hará sus bodas de plata con la docencia, sólo puedo decir algo que es bien patente. *Al viejo*

y glorioso Estudio Salmanticense, mi entrañable Alma Mater primera, y a la querida Universidad de Valladolid debo la fortuna de que, permitiéndome servirlos, me hayan hecho posible satisfacer una íntima vocación y con ello entregarles lo mejor de mi existencia”. “Debo a la Facultad de Medicina de Valladolid, a mis queridos compañeros de Claustro y a los alumnos de la misma, algo que nunca podré pagarles. El que hayan sabido reforzar y afianzar en mí las más hondas e íntimas convicciones de lo que creo que debe ser la *Universidad: el lugar abierto y universal donde, además de formar profesionales aptos, se haga posible el aprendizaje, la investigación metódica y fecunda, la asistencia cada vez más perfeccionada a los pacientes que atiende*, pero todo ello sin concesiones oportunistas a los transitorios vaivenes de unos modos y de unos precipitados deseos de planificación, que sólo sirven para crear confusión, ensayos utópicos y mutaciones indiscriminadas, que están muy lejos de lo que debe ser el propio sentido reformador y progresista –que no nos falta– de mejorar lo que hay de deficiente en nuestras estructuras”.

Los segundos, los discípulos, que habían ido surgiendo a lo largo de los años de docencia, a quienes llamaba “*no mi segunda familia, sino mi propia familia espiritual que prolonga y completa la natural*”, decía “*constituyen el más íntimo motivo de satisfacción y el impulso más eficiente en la superación de las dificultades y obstáculos de cada día*”. Y sin poder olvidar a su maestro, añadía “nuestra Escuela se halla íntima y solidariamente unida a la labor de nuestros antecesores y en gran manera a la del Profesor Arce, a quien debo cuanto soy, a quien tengo por ejemplo y meta, si bien nunca podré igualarle en sus merecimientos”.

Finalmente, se sentía íntimamente vinculado a los pediatras de Asturias, Cantabria y Castilla y León en el marco de su Sociedad, “nuestra querida Sociedad, a la que una vez más rindo aquí mis más sentidos y hondos motivos de gratitud, por lo que a ella debo: por encima de todo, la amistad impagable de tantos compañeros, que, a través de ella se han convertido, de colegas en el quehacer pediátrico, en fraternos amigos”.

Con razón se hizo acreedor a la definición de “*hombre honesto, buen pediatra y mejor maestro*”. Así cabe evocar a don Ernesto –discípulo predilecto de un singular Maestro– de quien aprendió a considerarse “*universitario, pediatra y médico, que desarrollaba sus actividades en un lugar y un momento dado, pero inseparables del pasado, del presente y del futuro*”.